

GARCÍA SANTOS, Amador Ángel, *De Génesis a Reyes. Introducción a los nueve primeros libros de la Biblia* (Estudios Bíblicos 63; Verbo Divino, Estella 2017). 300 pp. ISBN: 978-84-9073-346-2. € 22,00

Esta obra es una buena introducción a la investigación sobre los libros del Pentateuco y de la historia deuteronomista, los cuales forman una macro unidad literaria (el “Eneateuco”), tal como defiende el autor. El libro se compone de 13 capítulos que, aunque en la publicación no están subdivididos y mantienen una sucesión lógica entre ellos, podemos agruparlos en tres partes: Reflexión hermenéutica de la Biblia (capítulo 1); reflexión histórico-crítica en torno al Eneateuco (capítulos 2-5); presentación de las grandes unidades literarias del Eneateuco (capítulo 6 [introducción] y capítulos 7-13). La obra concluye con una amplia bibliografía, y con unos útiles índices: de temas, de autores y de citas bíblicas.

*Reflexión hermenéutica.* El primer capítulo, dedicado a las cuestiones de interpretación de la Escritura, es bastante largo y, en parte, desligado del resto de la obra. Es un capítulo interesante, que aborda cuestiones delicadas. Comienza con dos puntos introductorios sobre qué es la exégesis y cómo ha evolucionado históricamente. A continuación, presenta las distintas escuelas exegéticas (y sus métodos de interpretación) conforme a un criterio bastante original: qué objeto consideran el origen del sentido bíblico. Así, las divide en tres grandes bloques: las que se centran en el autor del texto sagrado, pues lo que importa es qué sentido quiso darle al escrito cuando se compuso (a su vez, pueden centrarse solo en Dios, solo en el hagiógrafo [exégesis histórico-crítica], o en ambos, según se considere quién es el autor de la Biblia); las centradas en el texto mismo; y las focalizadas en el lector del escrito. El autor valora todas las posturas, subrayando lo positivo y lo negativo de cada una de ellas. Concluye con unas observaciones finales.

A pesar de la valoración general positiva de este capítulo, queremos señalar posibles sombras. En primer lugar, la descripción realizada de la “exégesis precrítica” parece en ocasiones un tanto caricaturizada, siendo no del todo justo al valorarla. Por otra parte, da la impresión de que una exégesis “confesional”, tomando como punto de partida la fe cristiana, es prácticamente indefendible hoy día (cf. 25, nº 1.4.7), lo cual contradice la enseñanza eclesial al respecto. Véase, por ejemplo, la exhortación apostólica *Verbum Domini* 30, 34-35, y lo señalado más abajo.

Con respecto a la exégesis centrada en el texto y su canon, no es exacta su valoración, cuando se a entender que lo que haya querido decir el autor no tiene valor para esta exégesis (31), o que el sentido canónico es el único que le importa (36). La postura de Childs, presentada en este capítulo demasiado simplificada, no es esa en este punto. Además, en la valoración de la citada exégesis, le acusa de no ser teológicamente neutra, de depender de una previa lealtad confesional, de obligar a leer el canon según el modo normativo de su comunidad y, en definitiva, de estar condicionado por presupuestos teológicos... (38-39). Afirma: “la cosa se complicaría

demasiado si se aceptase que el sentido de un texto bíblico depende no solo del contexto del canon bíblico, sino también de la tradición teológica de una iglesia determinada. Efectivamente, difícilmente puede tener valor general un método que exija esas lealtades confesionales. [...] este método es insatisfactorio teológicamente” (38). Quizá lo insatisfactorio sea la valoración del autor, pues tanto la *Dei Verbum* como la Pontificia Comisión Bíblica dan la razón a Childs. Véase al respecto las siguientes tesis doctorales: P. S. Williamson, *Catholic Principles for Interpreting Scripture. A Study of the Pontifical Biblical Commission's The Interpretation of the Bible in the Church* (SubBi 22; Editrice Pontificio Istituto Biblico, Roma 2001) y A. Sanecki, *La Biblia: entre Historia y Teología. La metodología canónica de B. S. Childs* (Estudios y Ensayos. Teología; BAC, Madrid 2012) 219-240. En DV 12.3, por ejemplo, leemos: “hay que atender no menos diligentemente al contenido y a la unidad de toda la Sagrada Escritura, teniendo en cuenta la Tradición viva de toda la Iglesia y la analogía de la fe. Es deber de los exegetas trabajar según estas reglas para entender y exponer totalmente el sentido de la Sagrada Escritura”. Por otra parte, en “La interpretación de la Biblia en la Iglesia” (PCB 1993), todo el segundo capítulo está dedicado a las hermenéuticas filosóficas, que concluyen el absurdo imposible de pretender una postura *teológicamente neutra* frente a cualquier texto. Al contrario, muestra que lo más adecuado y racional es partir del mismo horizonte de sentido, de la misma tradición vital que ha generado el texto.

Por último, no nos parece exacto afirmar que las diferentes escuelas de exégesis (las centradas en el autor, en el texto, y en el lector) se auto-consideran incompatibles entre sí. Hoy día en que todos los exegetas reconocen las riquezas y aportaciones de los diversos métodos, especialmente tras la publicación del citado documento de la PCB, resulta exagerada esta afirmación.

*Reflexión histórico-crítica.* Estos capítulos tienen la virtud de presentar con claridad y pedagogía la compleja historia de los estudios histórico-críticos en torno a estos libros veterotestamentarios. El profesor García Santos es lúcido a la hora de presentar la lógica de cómo han ido surgiendo las distintas propuestas y escuelas. Ha habido tantas y tan variadas en los dos últimos siglos y medio, que no es nada fácil presentar un cuadro completo, ordenado y comprensible de todas ellas, marcando a la vez sus semejanzas y diferencias, tal como hace magistralmente nuestro autor. Destaca asimismo la crítica profunda y razonable con la que va evaluando las hipótesis del pasado, a la vez con respeto y agudeza.

El capítulo 2, “Crítica literaria del Pentateuco”, explica los pasos del método histórico-crítico (crítica textual, literaria, de la forma, de la tradición, de la redacción) y cómo surgieron cada uno de ellos en la historia de la investigación, siempre en torno al Pentateuco. Esta historia comienza con la primera discusión sobre la autoría mosaica, pasando por las hipótesis originarias de las fuentes, hasta llegar al gran proyecto de Wellhausen y su hipótesis neo-documentaria, cuyas debilidades son analizadas a fondo. Concluye con el paso ulterior que se dio en la investigación, que desembocó en el estudio de las tradiciones orales.

El capítulo 3, “Tetrateuco, Hexateuco y Eneateuco”, explica cómo fueron surgiendo estas tres propuestas de agrupar literariamente los 4, los 6 y los 9 primeros libros del Antiguo Testamento, así como la hipótesis plausible de un autor yahvista posexilico. El autor concluye que lo más lógico es estudiar los 9 primeros libros como una unidad literaria, pues en Génesis comienza una historia ininterrumpida hasta el final de Reyes. Esta hipótesis de trabajo, bien fundamentada por el autor, será la asumida para el resto del libro.

El capítulo 4, “El género literario”, expone lo que es un género literario con brillantez y claridad, incidiendo en el género de “relato histórico” y preguntándose por cómo este género literario está presente en el Eneateuco. Se cuestiona igualmente cuál es el género de todos estos libros (110). Aunque éste forme una relativa unidad literaria, en nuestra opinión, el Eneateuco contiene tal diversidad de géneros en su interior, y tan distintos, que buscar uno que represente a todos sus textos no es posible.

El capítulo 5, “Finalidad del Eneateuco”, presenta la cuestión del mensaje principal que el autor final del Eneateuco dio a su obra, y cómo ha sido abordada por las diversas hipótesis de los exegetas. De nuevo enjuicia acertadamente sus posiciones.

*Presentación de las grandes unidades.* El capítulo 6, “Estructura del Eneateuco”, sirve de introducción a los últimos capítulos del libro. Ofrece una estructura global del Eneateuco lógica y en nuestra opinión muy acertada. Previamente ha presentado una reflexión y criterios objetivos a la hora de estructurar obras literarias, los cuales fundamentan su propuesta.

Los capítulos siguientes describen someramente cada una de las unidades literarias que forman el Eneateuco: la historia de la creación de Gn 1 (capítulo 7), la historia de los orígenes de Gn 2–11 (capítulo 8), la historia de los patriarcas de Gn 12–50 (capítulo 9), la historia de Moisés en Ex, Lv, Nm y Dt (capítulo 10), la historia de Josué en Jos (capítulo 11), la historia de los Jueces en Jue 1–1 S 7 (capítulo 12) y la historia de los reyes en 1 S 8–2 R 25 (capítulo 13). El autor considera y argumenta que el centro del Eneateuco es la Ley recibida en el Sinaí (130 y *passim*). En efecto, éste es un centro importante, tanto teológica como literariamente (la historia de Moisés está en el centro de las historias del Eneateuco). Pero también pueden considerarse otros centros, estrechamente vinculados a la Ley, como es la liberación de la esclavitud, la alianza con Dios (mencionados por el autor), o la paciencia infinita de Dios con su pueblo.

Cada capítulo comienza con la estructura literaria de la respectiva unidad, así como de las sub-unidades cuando las haya. Sigue una explicación del sentido de sus principales elementos. Para el Dr. García Santos, como el Eneateuco se terminó de escribir en el exilio de Babilonia, su mensaje está dirigido fundamentalmente a los israelitas que se encuentran en esa situación. Hábilmente interpreta todos los textos en función del significado pertinente que tienen para el pueblo exiliado. No aborda otros posibles significados del texto bíblico, pues su pretensión es simplemente el estudio de los textos dentro del marco del Eneateuco. En un canon más amplio (el Antiguo Testamento, o la Biblia completa) los significados se multiplicarían, pero no es este el objetivo del autor. Por lo general, las explicaciones del sentido de los textos

son plausibles e iluminadoras. Sin embargo, hay un detalle que no nos parece justo ni oportuno. Se trata de cierto énfasis en subrayar la “crueldad” de Dios en el AT (cf. 202, 219-220, 235) en textos que quizá son juzgados con los criterios del hombre moderno.

Cada capítulo concluye con una reflexión sobre la historicidad de los relatos estudiados. Se puede estar más o menos de acuerdo con las conclusiones históricas del autor, pero es loable la valentía de afrontar esta cuestión que tanto ha interesado a fieles y a exegetas, y que tantas discusiones ha provocado. El autor presenta objetivamente las posturas y razonamientos de los diversos autores, los estudios histórico-arqueológicos más importantes, y concluye con su opinión personal, por lo general equilibrada, pues nunca excluye definitivamente la posibilidad de un trasfondo histórico en los relatos. A la vez, reconoce que no es su ámbito de estudio y que solo lo aborda por el interés que tiene para el público general.

La valoración histórica de estos relatos, por lo general, suele ser la duda o improbabilidad de que los personajes y acontecimientos narrados hayan existido realmente (cf. 164, 171, 191, 221, 225). Leemos por ejemplo respecto a Moisés: “*El caso de Moisés es muy similar al de los patriarcas. Carecemos de cualquier prueba extrabíblica de Moisés, por lo que no podemos estar seguros ni siquiera de su existencia*” (191). La verdad es que lo realmente extraordinario sería que sí contásemos con esa prueba extrabíblica que el autor reclama. Quizá sería oportuno aplicar el axioma arqueológico: “la ausencia de evidencias no es evidencia de la ausencia”. Creemos que la valoración histórica del autor más bien escéptica está influenciada por su punto de partida respecto al género literario. Así, cuando estudia la finalidad del Eneateuco, afirma que el interés del autor bíblico no es narrar la historia de los antepasados de Israel, sino solamente transmitir un mensaje actual a los israelitas del siglo VI a.C.: “*Si se detiene [el hagiógrafo] en narrar acontecimientos del pasado (reales o ficticios) no es por ninguna motivación histórica (como hemos observado al hablar del género literario), sino para iluminar el presente, el tiempo en que se compuso la obra*” (121). Sin embargo, que el hagiógrafo tenga esa finalidad principal no excluye de suyo que pudiese tener otras pretensiones. ¿Por qué no iba a querer también hablar del origen del hombre, o de los antepasados reales del pueblo? Siendo cierto, o al menos plausible, el hecho de que el objetivo principal del hagiógrafo sea dar un mensaje a los desterrados, ello no implica que no tenga otros intereses, aunque secundarios. Además, si los hechos narrados fuesen totalmente inventados es muy difícil imaginar que hubiesen sido aceptados con tanta facilidad y unanimidad. Y, sobre todo, habrían resultado poco eficaces para el fin principal que buscaba el autor. ¿Podrían realmente iluminar el presente de los desterrados si nunca hubiesen sucedido? Es decir, el mensaje a los desterrados sólo es eficaz si lo narrado es asumido como realmente acaecido (al menos en rasgos generales, con un mínimo trasfondo histórico). Si por el contrario es ficticio, cosa que los desterrados difícilmente ignorarían, el relato no podría cumplir su misión. Por otra parte, acepta acriticamente las conclusiones de I. Finkelstein, sin contrastar las opiniones de otros historiadores y arqueólogos (244).

El final repentino del último capítulo llama la atención. Tras presentar la postura sobre la historia de Israel de los investigadores más radicales (Garbini, Davies, Thompson, Lemche...), expone la reconstrucción de la historia de Israel de uno de ellos (Thompson), que prácticamente niega la historicidad de todo lo narrado. Sin embargo, no hay una valoración de la misma. Acertadamente, frente a todas las hipótesis explicadas en el libro, García Santos ha ido señalando sus puntos fuertes y sus puntos débiles. Aquí, sin embargo, este punto falta, lo cual genera la duda de si el autor se alinea con la postura de Thompson, o si simplemente la expone asépticamente. Por otra parte, el libro acaba demasiado abruptamente, con una exposición de lo complicado que es realizar una cronología del período monárquico (lo cual es real). No hay un capítulo conclusivo que reúna las principales aportaciones de la obra y recoja sus frutos, lo cual sería ciertamente muy útil.

Aunque la recensión haya desarrollado algún aspecto crítico de la obra de Ángel García Santos, la valoración general es muy positiva. El interés de esta publicación es indudable, y por ello sinceramente felicitamos al autor. La recomendamos especialmente a profesores y alumnos de Antiguo Testamento, pues les ayudará a tener una visión más clara de la historia de la investigación de estos libros, de su estructura y de su mensaje.